



ZAPATOS ROJOS DE AGUJA

Isabel Navarrete

ZAPATOS ROJOS DE AGUJA



Primera edición: febrero 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Isabel Navarrete

ISBN: 978-84-10082-84-7

ISBN digital: 978-84-10082-85-4

Depósito legal: M-3981-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mi familia

«Hasta el mejor de los perros muerde cuando se cansa de
que lo maltraten».

PATRICK ROTHFUSS

«¿Tú sabes el poder que sigue ejerciendo incluso años
después un abusador sobre su víctima?».

CARLOS MONTERO

Sumario

Cuca.....	13
Álex	23
El superdotado	27
Hígado al coñac.....	35
Taekwondo.....	39
El padre	43
Enfermedades.....	49
La cárcel.....	53
La nueva familia.....	57
María	61
La universidad.....	73
El viaje de estudios	79
Tindy	83
El MIT	89
Stefano	95
El viudo	101
Vesla	107
Love y Susan	111
Acorralado (este capítulo es nuevo)	115
Viaje en jet privado	121

Los tíos	125
La clínica de reposo	129
Terapia	139
Soluciones.....	157
Berlín.....	169

Cuca

Cuca nació en 1968 y pasó una adolescencia de rosas y espinas. Su madre le ofrecía rosas en forma de cuidados y atenciones. Su padre, en cambio, las trataba a ambas con espinas afiladas. Su frustración surgió, entre otros motivos, cuando no consiguió tener un hijo. Ya habían tenido una hija, Emilia, que había resultado ser muy diferente a Cuca en físico y carácter.

Los padres de Cuca y Emilia, Agapito y Dolores, nacieron, se criaron y se enamoraron en Getafe. El enamoramiento duró lo que tardan en caer las hojas en otoño. Tenían una tienda de ultramarinos que casi siempre atendía Dolores. Agapito pasaba casi todas las mañanas jugando a la petanca y por las tardes echaba partidas de mus con sus amigotes, bebiendo vino y maldiciendo.

Dolores recordaba con nostalgia aquella canción que empezaba: «Era feliz en su matrimonio, pero su marido era el mismo demonio...». Ella no tenía la ilusión de un amante secreto, ni de que nadie le enviara flores por primavera, ni siquiera flores silvestres que su marido pudiera coger a lo largo del camino a casa. Solo esperaba insultos, vejaciones y malos tratos. Estando ebrio, Agapito le pegaba puntapiés y algún puñetazo en el ojo cuando hacía algo que no le gustaba o cuando, simplemente, quería descargar su ira sobre su mujer. Esas patadas, tirones de pelo y relaciones sexuales no consentidas eran de juzgado de guardia, pero ella nunca lo denunció. Se resignaba porque pensaba que la mataría. Nunca, tras su noviazgo, tuvo una palabra amable con ella. Dolores había pensado en separarse, pero sabía que iría a por ella y, tal vez, la asesinará;

por eso aguantaba a su lado. Asimismo, muchas veces pensó en matarlo ella misma, pero carecía del arrojo para hacerlo y el ingenio para salir indemne de la cárcel. Solo pedía que muriera antes que ella, joven y sin sufrir demasiado: un infarto sería perfecto. Sin embargo, Dios no le concedió esa gracia. Dolores se murió dos años antes que él, en 1986, de un cáncer de mama con metástasis. A él se lo llevó un previsible cáncer de hígado.

Agapito era un nostálgico de la dictadura, por eso es por lo que siguió con esperanzas las noticias que llegaban del intento de golpe de Estado del 23F de 1981. Para él, esos valientes sublevados de Madrid y Valencia eran dignos de admiración. Sobre todo el teniente general de la Guardia Civil Antonio Tejero, que tuvo la osadía de tomar el Congreso durante la votación de la investidura del candidato a la Presidencia del Gobierno, Leopoldo Calvo-Sotelo. Los diputados y el Gobierno de España al completo fueron secuestrados en su interior. Tejero pegó varios tiros al aire que quedarían para la posteridad.

Se le saltaron las lágrimas cuando se comprobó que el golpe había sido abortado, dicen que por intervención del rey Juan Carlos. No podía soportar ver salir a Tejero detenido desde el Congreso. Ese héroe estuvo a punto de contribuir decisivamente en la destrucción de esta maltrecha democracia. El Tribunal Supremo condenó a treinta años de cárcel a Milans, Tejero y Alfonso Armada como principales responsables del golpe de Estado. En total, fueron condenados doce miembros de las Fuerzas Armadas, diecisiete miembros de la Guardia Civil. Todos acabarían recibiendo posteriormente el indulto menos Tejero, que lo rechazó.

Además de fascista y furibundo, Agapito era un hombre muy celoso. En cierta ocasión, le había pegado una patada en el estómago a Dolores porque la vio tomar café con un cliente habitual, sin ninguna pretensión salvo un intercambio de pocas palabras. A veces, ese hombre duro tenía depresiones cuando se le hundía demasiado la vida y se volvía más irritable por impotencia y porque imaginaba, no sin razón, que su mujer y sus hijas no lo querían.

Como era un machista recalcitrante, pensaba que las mujeres solo servían para casarse y cuidar del marido y de los hijos. Farfullaba sobre la vestimenta de las féminas de ese momento, sobre todo la de Cuca, de la que pensaba que era una fresca que se atrevía a llevar minifalda o esos pantalones que le marcaban el culo y la sonrisa vertical. A veces vestía camisetas sin sujetador que dejaban entrever los pezones. Más de una paliza se había llevado por su forma de vestir, por lo que, cuando salía de marcha, Cuca optó por llevarse la ropa a casa de una amiga y se cambiaba allí.

Agapito se había quedado anclado en el nacionalcatolicismo de la época de Franco, y mira que habían pasado años desde su muerte. Le tenía ojeriza a Cuca, no solo por la vestimenta, sino por su carácter rebelde y desobediente. Ella le decía a su padre que lo que pasaba era que tenía mucha personalidad. Vamos, que era una chica con criterio propio que le permitía hacer lo que le venía en gana, aunque siempre a espaldas de su padre, si es que podía evitar que se enterara.

En cierta ocasión, Cuca, a sus dieciséis años, decidió salir a las nueve de la noche y llegar a medianoche porque eran las fiestas del barrio. A su madre le pareció buena idea y su padre accedió a regañadientes, haciéndole prometer que no se vestiría como una calentona. Cuca tuvo la prudencia de cambiarse en casa de su amiga, para ponerse una minifalda, un jersey ceñido, unas medias negras y unos zapatos de tacón. La ropa la compraba a hurtadillas en el mercado con el dinero que le daba la santa de su madre.

En las fiestas había estado con un chico mayor que ella. Se fueron tras un camión de la feria y estuvieron besándose y metiéndose mano torpemente. El muchacho, Paco, llevaba un preservativo y le preguntó si quería tener sexo. Ella asintió, pero le dijo que era virgen y que hiciera el favor de ir con delicadeza. Aunque Paco tuvo cuidado, lo cierto es que Cuca no lo disfrutó aquella primera vez. El entorno tampoco era agradable, pero quedaron en verse en otra ocasión en una casa de campo de él. Un encuentro que nunca se llegó a realizar. El tal Paco era un pesado y un baboso que nunca cumplía sus promesas.

Esa noche, Cuca entró a hurtadillas en su casa a las tres de la madrugada, no había tenido tiempo de volver a cambiarse en casa de su amiga. Al cruzar el salón, se encontró a su padre sentado en su butaca con la escopeta de caza en mano.

—¿Qué horas son estas?

—Papá, lo siento, se me ha ido el santo al cielo.

—¿Y esa minifalda y ese suéter indecente? ¿Desde cuándo llevas esos taconazos?

—Es ropa de una amiga, en serio.

—Da igual, una guarra es lo que eres.

Su padre se acercó a ella y le pegó un puñetazo.

—¿Ves esta escopeta? Pues la próxima vez que me desobedezcas te coso a plomazos.

—Lo he entendido perfectamente, papá.

—Ahora ponte cara a la pared, que te voy a dar unos azotes con el cinturón. No te digo que te quedes con el culo al aire porque ya vas medio desnuda.

—¡No, papá, ya soy mayor para esto!

—La próxima vez no te enfrentes a mí, tampoco te vistas como una puta. Mira a tu hermana Emilia, con el vestido por debajo de las rodillas y el pelo recogido.

—Sí, papá, trataré de ser mi hermana o el hijo que no has tenido.

—No empieces. Anda, vete, que tengo el gatillo flojo.

La hermana menor odiaba a su padre. Lástima que su madre hubiera muerto de cáncer antes que su padre, cuando Cuca contaba con tan solo dieciocho años. ¡Cuánto la echaba de menos! De haber fallecido con posterioridad, al menos habría tenido unos años dichosos sin su marido. Pero la parca es muy inoportuna y elige antes al más inocente.

Cuca y su hermana Emilia, diez años mayor que ella, no se trataban mucho. Ella era todo lo opuesto a Emilia, que era una persona aplicada y bondadosa, modosita y obediente. Se casó con Ernesto, un hombre decente con el que tendría una excelente convivencia

a pesar de ser demasiado soso para su gusto. La hija de Emilia se llamaba María, una ricura de niña. Desde que murieron sus padres, las hermanas no se habían vuelto a ver. Si acaso se escribían algunas palabras y se mandaban fotos. Lo cierto es que Emilia se encargó de cuidar a sus padres cuando estaban enfermos y le tenía cierto rencor a su hermana porque no se había hecho cargo de prácticamente nada. Era así de irresponsable. Bueno, a veces tenía detalles con su madre: le preparaba una buena comida, le daba un paseo en la silla de ruedas, ponía margaritas en el florero de su cuarto. Pero a su padre ni agua. Su hermana se encargaba de él, bien es cierto que ella no había sufrido los malos tratos de su padre.

La díscola hermana menor, a veces, sentía envidia de su hermana Emilia, de su vida tranquila, de un marido que la quería y de su hija educada y obediente. Pero, en el fondo, a ella no le gustaba esa vida anodina y con poco fuste. Prefería las emociones más fuertes.

Cuca se fue de su casa a los veinte años, tras morir su padre. Buscó un piso compartido en el humilde barrio de San Cristóbal, pero no tuvo mucha suerte. La chica con la que vivía, ecuatoriana, estaba esclavizada en el trabajo. Cuidaba a una anciana con alzhéimer diez horas al día y se tenía que quedar a dormir cuatro días por semana en su casa, con un sueldo mísero. La muchacha tenía depresiones frecuentes, por lo que el ambiente era demasiado melancólico para Cuca, y eso que apenas coincidía con ella. Así que, en cuanto encontró trabajo, se fue a vivir sola a un piso diminuto de 50 m² en el mismo barrio.

Comenzó pronto a trabajar de camarera en una excelente cafetería céntrica de Madrid, en Embajadores. Aquí sí tuvo suerte. Tenía poca experiencia, pero era espabilada y dicharachera, además de ser atractiva. Al poco de llegar allí, conoció a Diego, un registrador de la Propiedad de Madrid quince años mayor que ella, amable y considerado. Cada vez mantenían conversaciones más largas y, para no llamar la atención en la cafetería, salían al *pub* de enfrente. Cosa que ocurría cada vez que el trabajo de Diego se lo permitía y si ella estaba en su turno de descanso.

Él estaba casado y ella lo sabía, pero a ninguno le importó cuando llegó el momento de enamorarse. Cuando Cuca libraba los jueves, se iban a un hotel a desatar su pasión. Diego era cariñoso, atento e interesante, todo lo que se le puede pedir a un hombre.

A ella le fastidiaban sus compromisos conyugales, pero sentía que, si lo presionaba lo suficiente, rechazaría el *affaire* que mantenía con ella. Nunca había tenido éxito con los hombres, vamos, lo de formar una familia feliz, acomodada y sin desavenencias. Todo lo que ella no había vivido en su casa. Se conformaba ya hasta con alguien como su cuñado Ernesto, por muy insulso que fuera, pero trabajador y cariñoso como él solo.

De aquellos encuentros con Diego, Cuca se quedó embarazada y tuvo a su hijo Álex a los veintidós años, un 15 de abril de 1990. Diego no se iba a divorciar, ya lo sabía, lo hacía por sus dos hijos y su mujer enferma, pero le prometió que cuidaría de ella y de su hijo. Quedaron en verse cada tres meses más o menos, y pensaría qué podía hacer por ellos. Les pasaría algo de dinero y, sobre todo, les daría el cariño que tanto iban a necesitar. Le hizo prometer que le avisaría cuando llegara el momento del parto, y allí estuvo él todo orgulloso cuando se produjo. A ella le hizo mucha ilusión que hubiera acudido, y más cuando Diego tomó a su hijo en brazos y dejó traslucir su alegría; parecía todo un padre.

Su hermana ni siquiera se había enterado de que estaba embarazada, ya se lo diría más adelante, y esperaba que no hiciera muchas preguntas, porque no pensaba dar muchas explicaciones. Emilia era demasiado tradicional para comprender según qué cosas. También era bastante religiosa, y esos deslices eran pecado para ella. No quería darle un disgusto.

Tras quedarse embarazada, Cuca acomodó a su hijo Álex en su apartamento de San Cristóbal como pudo. El piso era poco acogedor: frío en invierno y caluroso en verano. No tenía doble acristalamiento, ni calefacción, ni aire acondicionado, lo que agravaba el problema de lidiar con el ruido y el tiempo inoportuno. No obstante, se quedaron a vivir allí durante un largo tiempo.

La decoración era una mezcla que brillaba por su mal gusto. Disponía de algunos muebles de los años setenta, otros de tonalidad oscura más antiguos aún, aquellos pequeños enseres que recogía de los contenedores, que habían sido desechados por antiguos o rotos; cada uno tenía su estilo y su historia. Por ejemplo, la mesa frente al televisor era un palé de carga que ella había pintado de azul lo mejor que pudo. Había montado unas pequeñas estanterías con expositores para tirar que le dieron en la farmacia y su sofá estilo *vintage* tenía la tela hecha jirones, por lo que lo cubría con una jarapa de color rosa pálido que no destacaba por su limpieza. Tenía colgadas algunas láminas que había ido recogiendo por ahí: bodegones, de arte abstracto, de jarrones floridos, etcétera. La casa contaba con dos dormitorios: uno con cama doble para ella y un diminuto cuarto para Álex. El piso lo completaba una reducida cocina que se caía a pedazos y un baño húmedo y frío con la bañera oxidada. A ella se le caía la boca de tanto decirle al dueño del piso que tenía que hacer reformas, pero nunca le hizo caso.

Álex, que era muy espabilado, no podía estudiar en su cuarto porque no tenía una mesa adecuada ni un ordenador. Debía hacerlo en la mesa con cuatro sillas del salón-comedor y sin nada de tecnología. Cuando necesitaba un ordenador, tenía que acudir a la biblioteca del instituto.

A Cuca le pareció insuficiente el sueldo de camarera y lo que Diego le daba, así que, una vez que Álex cumplió nueve años, decidió hacerse prostituta. No quiso meterse en un club de alterne porque se ganaba menos y estaba sujeta a un horario estricto. Así que se buscó un chulo para ejercer su «trabajo» en las inmediaciones de la Casa de Campo de Madrid.

Cuca empezó a beber en exceso a partir de ese momento. Le encantaba el coñac, que tomaba solo con hielo. Cada vez bebía más. Al principio bebía los fines de semana, pero luego se convirtió en una costumbre diaria. Se estaba convirtiendo en una alcohólica. Fue por esa época cuando su relación con su hijo empeoró. Álex le echaba en cara que bebiera tanto, y ella le replicaba que se

metiera en sus asuntos. Recordaba cuando era una madre solícita, cuando se divertían juntos, cuando se acordaba de su cumpleaños y le hacía una tarta deliciosa e invitaba a sus amigos. Pero eso fue antes de la maldita bebida.

Todas las noches, Cuca solía salir de casa a las nueve de la noche y regresaba sobre las cinco de la mañana. Volvía borracha y con vestimenta de prostituta, al fin y al cabo, era su oficio: una minifalda negra, top de lentejuelas rojas, medias de rejilla negras y zapatos rojos de aguja. Llevaba puesto como ropa interior un tanga rojo de encaje barato; no llevaba sujetador. Como todas las noches, llevaba colocada su peluca rubia platino, que le resaltaba la cara pintada de un maquillaje excesivo y algo grotesco. Lavaba la ropa de faena el domingo que se lo tomaba de día libre y para el día siguiente solía estar seca; si no se secaba, le pasaba el secador.

El resto de su fondo de armario era bastante escaso y de dudosa calidad: un abrigo y dos jerséis de invierno, dos vestidos de verano, dos pantalones vaqueros, dos camisetas de verano, un par de deportivos blancos, unas sandalias azules, ropa interior cómoda de algodón y un tanga de repuesto. Esa era la vestimenta que usaba en las distintas estaciones del año cuando no hacía la calle e iba ataviada de mujer corriente que no llama la atención, salvo por su pelo estropeado; las peluquerías eran caras.

Cuando llegaba un cliente, se dirigían al hotel más económico que encontraban; pagaba él, por supuesto. Para las mamadas le bastaba el asiento delantero del coche del cliente. No le gustaba hacer eso, era asqueroso y ganaba menos dinero, pero es lo que había, dinero rápido y fácil.

Aquel día había tenido una mala noche: dos imbéciles obscenamente obesos y con aliento fétido habían requerido sus servicios por largo rato. Después de tener relaciones, les había dado por charlar con ella contándole sus penas con sus mujeres o con el trabajo; bastante tenía ella con lo suyo.

Había pensado muchas veces en buscar un trabajo decente, pero no había encontrado nada interesante. Se le ofreció un traba-

jo de camarera como el que ya tuvo. En cualquier caso, no le daba para pagar el alquiler ni para mantenerse a sí misma y a su hijo. No quería pedir más dinero a Diego ni acudir a ayudas sociales para familias monoparentales, porque, si se enteraban de que era prostituta y alcohólica, la separarían de su hijo, o al menos eso pensaba ella.

Cuca siempre se duchaba al llegar de madrugada de la Casa de Campo, antes de cenar, para desprenderse del hedor a cuerpos no deseados que traía consigo tras aguantar fluidos corporales que le resultaban vomitivos. Metía el tanga en agua y detergente y preparaba el otro que tenía de repuesto para el día siguiente. Por la mañana, lo frotaba bien, lo enjuagaba y listo para secar. Pasaba un frío tremendo en invierno cuando se duchaba. No tenía calefactor en el baño. Se enjabonaba con celeridad y se secaba rápidamente con la toalla. El pelo se lo lavaba por la mañana cada tres días, no quería coger una pulmonía. Una vez que se colocaba el pijama, entraba en calor.

Álex

Cuando Álex cumplió doce años, Cuca ya era una consagrada prostituta y alcohólica. Su hijo la temía. Era consciente de la paliza que le esperaba si no le dejaba preparada la cena a su madre y se aseguraba de tener siempre unas cervezas bien frías en el frigorífico. Lo había agredido en numerosas ocasiones desde los nueve años, propinándole puntapiés con sus zapatos rojos de aguja y quemándolo con cigarrillos en las manos, cual cenicero, y en los brazos tras agarrarlo. Tenía que rebelarse de alguna forma; a partir de ese día, lo haría.

Era un chico guapetón, medio rubio, con gafas grises cuadradas que le daban un aire intelectual. También era alto para su edad y usaba un vocabulario más amplio que muchos adultos; era muy inteligente, eso es lo que decían, lo pillaba todo al vuelo y era un lector contumaz. Le gustaba vestir con vaqueros, tenía uno azul desgastado y otro negro con profusión de remaches. Combinaba los pantalones con dos camisetas, una de color negra y otra roja, ambas con insolentes mensajes impresos en la tela: «Eres gilipollas y no lo sabes» o «Soy un chico rebelde». Tenía dos jerséis de invierno. Se abrigaba con un anorak color negro y calzaba unos deportivos también negros. Solo tenía un par de zapatos de invierno y otro par de verano. No iba de chulito por la vida, más bien de malote.

Esa noche se oyó un taconeo por el pasillo, acompañado de un tintineo de llaves; debía de ser Cuca, que se aproximaba a la puerta de casa. Álex se despertó y se dio cuenta de que se le había olvi-

dado preparar la puta cena. La próxima vez la aderezaría con una buena dosis de arsénico.

—Álex, ya estoy aquí.

—Hola, mamá, estaba durmiendo.

Cuca abrió el frigorífico y no encontró restos de cena ni cerveza.

—¡Álex! ¿Dónde está la cena?

—Se me olvidó, mamá, perdóname.

—Pero si es de lo único que te encargas.

—Eso no es cierto, lavo los platos y saco la basura.

—No me repliques, sabiendo —gruñó Cuca, enfurecida.

Álex levantó las manos, asustado y con un leve temblor en el cuerpo.

—Nunca me has querido, soy un estorbo para ti. Ni un ordenador tengo para mis trabajos del colegio.

—¿Te crees que somos ricos? —preguntó su madre.

—No, pero, si no le dieras tanto al tabaco y al alcohol, algo más tendríamos.

—Yo hago con mi dinero lo que quiero.

—Pues por eso te lo digo —replicó el muchacho. Sabía que lo siguiente que dijera le causaría problemas y heridas, pero le dio igual—. Eres una borracha que derrocha el dinero, admítelo.

Cuca, harta de escucharlo, empezó a darle puntapiés con los zapatos rojos de aguja, cuyos tacones agujonearon el costado de Álex varias veces. Este se lamentó, gritó, en un principio no opuso resistencia. Al acabar con la paliza, se tomó dos pastillas de paracetamol. Después, cuando hubo recuperado fuerzas, roció con coñac los zapatos rojos de aguja, los quemó —más bien los flambeó— y los arrojó por la ventana. Acto seguido, le arrancó la peluca de un tirón y se la restregó por la cara, quedando impregnada de maquillaje barato. Luego la quemó pacientemente con un mechero, la pisoteó y la tiró a la basura. Como su madre estaba borracha, la pudo arrastrar unos metros por los pelos y comenzó a darle patadas a su vez. Quería que Cuca supiera que se podía defender. Él

no tenía tacones de aguja, pero la próxima vez le hincaría una faca en el corazón.

—Que sea la última vez que me pegas —advirtió Álex con la ira cargada en su voz.

—Que sea la última vez que no me prepares la cena —rugió su madre desde el suelo.

—¿No tienes un chulo que te la haga?

—Qué sabrás tú de chulos. Solo buscan el dinero de una.

—Ahora en serio —murmuró su hijo, sentándose en el raído sofá—, ¿no has pensado en buscar un trabajo de verdad?

Su madre se levantó del suelo como pudo y se apoyó en la pared. Le caían gotas de sangre por la boca.

—Hace tiempo fui camarera. Al nacer tú, el sueldo no daba para pagar un alquiler y para mantener a un hijo, y mucho menos darnos ciertos caprichos, como comer fuera, hacer turismo o vivir en un piso más confortable.

—No, si al final tengo yo la culpa de que seas puta.

—Ser prostituta es una solución fácil a un problema difícil y ahora tengo dinero ahorrado, antes no. Cuando tenga suficiente pondremos calefacción y saldremos por ahí de vez en cuando.

—Bueno, mamá, te lo digo desde hoy, cada vez que me pegues o me quemes con el cigarrillo, voy a responder de mala manera.

Álex se fue cansado a su cuarto a reflexionar y a dormir. Se había estresado mucho esa noche. Cuca ya se había duchado y acostado después de la pelea. Siempre había pensado que su madre era puta por vicio, pero realmente no era así. ¿A quién le gusta ser prostituta? Hay que estar muy desesperada, y más las chicas que se traen de países extranjeros engañadas, para convertirlas aquí en esclavas sexuales. Al menos, Cuca gozaba de cierta libertad. Ella simplemente le pasaba un dinerillo a su proxeneta para que la protegiese de indeseables. Era intrépida, entraba y salía de donde le placiera y cuando le conviniera. Estaba bastante solicitada por ser una prostituta que sabía escuchar sin interrumpir y era innovadora y atrevida en el sexo. A veces le daba buenos consejos al cliente

que para sí no tenía: «Tienes que beber menos», «No comas tanto dulce» o «Fumas demasiado». De esta manera, simulaba que se preocupaba por la salud del parroquiano.